

Sagunto y Numancia.

*Recreación y arquetipo en el Imaginario
nacional español del siglo XX.*

Demetrio Castro Alfin

Universidad Pública de Navarra

Fecha de aceptación definitiva: 20 de septiembre de 2012

Resumen: La ocupación tras largo asedio de Sagunto por los cartagineses (218 a.C.) y la de Numancia por los romanos (133 a.C) quedaron registradas ya desde la Antigüedad como casos extraordinarios de tenacidad y amor a la independencia. Una constante tradición literaria mantuvo su recuerdo con creciente interpretación identitaria, que en el siglo XIX se haría sistemática como expresión de valor y sacrificio en la resistencia al extranjero. Una forma de nacionalización del pasado remoto con estrechos paralelos en otros países, donde también sitios como Alésia o Masada se convierten en “lugares de la memoria” nacional.

Palabras clave: Nacionalismo, construcción identitaria, independencia. Lieux de Mémoire.

Abstract: After long siege the Iberian towns of Sagunto and Numancia were conquered, the former by the Carthaginian army (218 BC.), the other by the Romans (133 BC). From ancient times both towns were seen as examples of resistance and love of independence, and their memory remained as a subject in the Spanish literary tradition. From the early Nineteenth century they took a stronger meaning as national symbols of courage and sacrifice against the foreign enemy, a process similar to examples from other countries, such as Alésia or Masada as national “Lieux de Mémoire”.

Key words: Nationalism, Identity building, Independency, Lieux de Mémoire.

La guerra librada contra Napoleón entre 1808 y 1814, que los contemporáneos interpretaron ya como guerra nacional de independencia, constituyó un episodio de primera importancia para la definición política de la nación española. De mucha trascendencia fue a ese respecto la proclamación de la nación como soberana en el texto de la Constitución de 1812, confiriéndole de ese modo la condición de sujeto político. Pero también la sistematización de un corpus simbólico y unos referentes emocionales, en parte ya vigentes, destinados a constituir en el futuro piezas esenciales de la identidad colectiva. Una parte destacada de ese corpus estuvo integrada por la evocación de episodios históricos apropiados para su inserción en una narrativa sobre la resistencia a distintos invasores por parte de la “comunidad imaginada” de los españoles desde los más remotos tiempos. Los acontecimientos así evocados expresarían un propósito irreductible compartido por todos los españoles, o su inmensa mayoría, de seguir siendo ellos mismos sin dejarse someter por otros, fuesen cartagineses, romanos, árabes o franceses. Mirando el pasado desde ese supuesto podían invocarse gestas que en el presente fueran aliciente para reforzar la oposición colectiva a los ejércitos franceses y su dominación desnacionalizadora. Si bien, con las peculiaridades propias basadas en lo específico de los hechos del pasado a los que se otorgaba trascendencia y valor significativo, no se trata de un proceso excepcional y otras muchas comunidades nacionales los han desarrollado en términos similares.

Las gestas de mayor eficacia para vivificar la capacidad movilizadora de la nación han sido las que refieren acciones heroicas de abnegación, ejemplos de lealtad extrema, de sacrificio y hasta de martirio. Habitualmente los relatos sobre la nación son, en todas partes, relatos sobre la vida y la muerte, en una simbiosis en la que la muerte de sus hijos es vida para la nación, que, reconocida, perpetuará la memoria de los hijos sacrificados. Los trofeos conmemorativos de batallas, bien victoriosas o bien perdidas con honor, de héroes o de soldados anónimos pero recordados por haber dejado la vida en defensa de la nación son monumentos prodigados en la Europa contemporánea y cuyos prototipos fueron, paradójicamente, en gran parte napoleónicos y referidos a personajes o hechos de las guerras napoleónicas.¹ Los diputados de Cádiz dieron tempranamente pasos para levantar ese tipo de trofeos nacionales como materialización del discurso sobre la nación en lucha, y también lo hicieron las juntas. La de Santander, por ejemplo, notificó a las Cortes su propósito de levantar un monumento al capitán de artillería Pedro Velarde, natural de aquella provincia y uno de los caudillos de la rebelión del Dos de Mayo de 1808 en Madrid. También la de Extremadura hizo llegar un escrito tras la batalla de Albuera (mayo de 1811) para “*que se erija una columna en que se describa la victoria*”, argumentando que «*la memoria de esta acción debe perpetuarse*

¹ ALISON Y.: *The Commemoration of the hero, 1800-1864. Monuments to the British victors of the Napoleonic Wars*, N.Y. Garland, 1988.

[...] con recuerdo del día glorioso en que estrechamente unidos el generoso britano, el lusitano valiente y el denodado español sellaron la independencia de sus naciones».²

Lógicamente, dadas las circunstancias, esas y otras iniciativas no pasaron del primer impulso y el programa de conmemoración monumental de la guerra y de la nación en guerra, que nunca llegaría a ser grandioso, hubo de esperar años, como ocurrió también en otros países europeos con sus respectivos proyectos conmemorativos de las campañas napoleónicas. Por ejemplo, la estatua de Velarde no se inauguró hasta 1880, e igualmente el sobrio monumento de La Albuera no fue realidad hasta tiempo después de aquella propuesta de 1811. Al margen de esas circunstancias, la funcionalidad de conmemoraciones monumentales de tal naturaleza resulta bien conocida. La capacidad integradora de la nación y su interiorización por los individuos no solo lleva a vincular la autoestima, el bienestar y la prosperidad propia con la reputación y la prosperidad de la nación, sino a asumir que la propia inmolación es, llegado el caso, una consecuencia natural de ese vínculo y los relatos sobre la nación así lo transmiten.

Toda historia de nación hace, en efecto, de la conmemoración de sacrificios pasados un tema central por lo directo del mensaje que trasladan: la generación presente no puede dejar de hacer por la nación lo que ya hicieron los antepasados.³ La idea de la muerte sacrificial por lealtad a la nación tenía, tanto como en la conmemoración de sucesos contemporáneos, una proyección especial en el pasado, o más exactamente en la homologación de sucesos pretéritos y actuales como expresión del mismo principio de lealtad ilimitada a la nación. Ninguna expresión de este principio pudo resultar más apropiada en el caso español en aquel momento que la evocación de Numancia y Sagunto, las ciudades de la España primitiva que, de acuerdo con determinadas fuentes clásicas, prefirieron destruirse a sí mismas antes que entregarse al invasor. Como símbolo de abnegación guerrera y como gloria digna de emulación la historia, y la leyenda, de las dos ciudades prerromanas estaba integrada desde tiempo antes de los acontecimientos que se desencadenaron en 1808 como activo del pasado nacional venerable así como del espíritu militar y, por ejemplo, dieron ya nombre a dos de los regimientos de caballería creados a comienzos del siglo XVIII. Cien años después, en la guerra contra los franceses, su memoria cobró un valor especial para alegorizar el presente. Entonces, Gerona y Zaragoza habían resistido también tenazmente al atacante napoleónico y habían acabado aniquiladas pero en realidad no se habían destruido por sí mismas ni sus habitantes, aunque diezmados, se habían dado muerte como los numantinos y los saguntinos. No obstante, la imagen de la ciudad destruida por su defensa denodada ante el extranjero más

² “Diario de Sesiones de las Cortes” [en adelante DSC]; 1168, 2 de junio de 1811.

³ KRAMER, L.: *Nationalism. Political cultures in Europe and America, 1775-1865*. Nueva York: Twayne Publishers, 1998, p. 56.

fuerte era demasiado poderosa para no evocarla y el paralelismo resultaba muy congruente, y no solo en esos casos sino también en los de otras localidades arrasadas como represalia y no propiamente por sitio. Por ello, el teatro de propaganda política a que la guerra dio ocasión acudió enseguida a aquellos precedentes; nada más levantarse el primer sitio de Zaragoza un dramaturgo de oficio como Zavala y Zamora estrenó una pieza patriótica en la que no faltó la apelación a “*la energía de nuestros antiguos numantinos, ecos de libertad e independencia*”⁴. Y poco después el mismo autor en un “drama alegórico” que se representó también en la segunda mitad de 1808 puso en escena ante el personaje simbólico de una España abatida y cautiva a un Don Pelayo que como héroe libertador conjura para fortalecerla a “*aquellos alentados numantinos*” y a los “*dignos hijos / de la inmortal Sagunto*”⁵.

Sin embargo, además de esta revivificación tempestiva, el tema, como materia literaria, tenía expresiones inmediatamente anteriores y otras más remotas que no carecen de interés. Hacia 1776, en una especie de programa de asuntos que cultivar en su poesía, o «*materias dignas de una memoria perdurable*», Jovellanos había propuesto a Batilo, es decir, Juan Meléndez Valdés, ocuparse de *los héroes españoles* de carácter militar y otras glorias históricas, sugiriéndole en concreto «...*Dinos el glorioso / incendio de Sagunto, por la furia / de Aníbal atizado, o de Numancia, / terror del Capitolio las cenizas*».⁶ Lo que le propone no es que escriba historia, con unos asuntos que, por cierto, otros contemporáneos tenían por menores e indignos del verdadero objeto educador que debiera serle propio a esa ciencia o, mejor entonces, a ese arte. Así, por ejemplo, Forner pensaba que “*las guerras debieran tener el mismo lugar en las historias generales que las pestes, las inundaciones y las hambres*”.⁷ A lo que le invitaba era a abandonar el convencionalismo pastoril y el sentimentalismo en pro de otro épico cuando no patriótico. Se trataba, pues, de

⁴ ZAVALA y ZAMORA, G.: *Los patriotas de Aragón*, Madrid, Ramón Ruiz, 1808; 5. Sobre aquel tipo de teatro de sentido y valor político más que literario pero de evidente importancia para difundir nuevos temas patrióticos y recrear en ese mismo sentido otros antiguos, LARRAZ, M.: *Théâtre et politique pendant la Guerre d'Indépendance espagnole, 1808-1814*. Aix: Université de Provence, 1988 y FREIRE, A.: «Teatro político durante la guerra de la Independencia». En CARNERO, G. (coord.), *Historia de la Literatura española. Siglo XVIII*. Madrid: Espasa-Calpe, 1995; II, pp. 872-885.

⁵ ZAVALA y ZAMORA, G.: *La sombra de Pelayo o Día feliz de España*, Madrid, Ramón Ruiz, 1808; 4. La difusión de obras de este tipo es incierta. A Zavala no parece que se le representase en Cádiz durante el sitio de la ciudad o en el periodo de las Cortes en el teatro público o por compañías profesionales, aunque se pidió en los periódicos llevar a escena *La sombra de Pelayo*. SOLÍS, R.: *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1958; 390, 395-99. No hay que olvidar en todo caso lo extendido de las funciones privadas o domésticas.

⁶ JOVELLANOS, G. M de.: «Jovino a sus amigos de Salamanca». En *Obras*. Biblioteca de Autores Españoles, XLVI, p. 39.

⁷ FORNER, J. P.: *Discurso sobre el modo de escribir la historia de España*, edición de François Lopez, Barcelona, 1973; 141. El texto, aunque no publicado hasta 1816, data de hacia 1788.

un recurso literario, además del reflejo de una tendencia de la que participaban Quintana y otros, si bien sería problemático establecer una continuidad directa y una identidad de planteamientos inmediata entre lo que autores del último cuarto del siglo XVIII pudieran escribir y los símbolos patrióticos asentados con ocasión de la guerra. Lo interesante es la nueva apreciación por entonces de esos temas, su reinterpretación a la luz de las nuevas circunstancias, pero si esos símbolos resultaron eficaces en el contexto de la guerra fue porque estaban ya asentados como hechos significativos de la historia propia en la que lo propuesto por Jovellanos sería más bien una etapa nueva y no una novedad absoluta.

El episodio de Numancia, así como el de Sagunto, no eran conocidos solo para los lectores de historiadores clásicos, especialmente Floro (*Epítome*, I, 34) o Apiano (*Historia*, VI [*Iberiké*], 11-12, Sagunto; 44-55, 76-98, guerra numantina) u otros tan frecuentados como Livio (XXI, 14) o Polibio (III, 15, 17), en quienes se inspirarían poetas y en especial autores de romances cultos cuyas composiciones pondrían aquellos episodios al alcance de otro tipo de públicos. Por ejemplo, Juan de la Cueva escribió un par de ellos sobre Aníbal y Sagunto⁸ y Lobo Lasso de la Vega lo hizo con Numancia⁹, mientras Mosquera de Barnuevo fue autor de un extenso poema épico sobre la ciudad soriana.¹⁰ En estas obras, en especial las de Cueva y Lobo, no se atribuye específicamente o de manera explícita su resistencia acérrima a la españolidad de los cercados, y, de hecho, se tiende a destacar más la personalidad de Aníbal y Escipión o lo terrible del desenlace que cualquier otro aspecto. Igualmente habían tratado el asunto escritores bien conocidos y reeditados como Antonio de Guevara,¹¹ y, desarrollando lo que al respecto había en la *Crónica General*, los autores de historia de España más frecuentados.¹²

⁸ CUEVA, J. DE LA: *Coro febeo de romances historiales*, Sevilla, 1588. Pueden verse en *Romancero General*, Biblioteca de Autores Españoles tomo X; 363 y 364 (n^{os} 530 y 531)

⁹ LASSO DE LA VEGA, L.: *Primera parte del romancero y tragedias*, Alcalá de Henares, 1587. Hay edición moderna de Barbara J. Mortenson, Nueva York, The Edwin Mellen Press, 2006. El romance del "Sitio e incendio de Numancia" en *Romancero General*, Biblioteca de Autores Españoles tomo X; 377 (n^o 548), allí también otro anónimo sobre el mismo asunto, n^o 377.

¹⁰ MOSQUERA DE BARNUEVO, F.: *La Numantina*, Sevilla, 1612. No he podido ver el artículo de Francisco Pérez Rioja "Numancia en la Poesía", *Celtiberia*, 7, 1954, donde seguramente se mencionarán otras obras y autores; los que reseño, sin embargo, acreditan suficientemente el conocimiento de la cuestión y su atractivo literario más allá del círculo de los eruditos.

¹¹ Una de las más conocidas de sus *Epístolas familiares* en varias ocasiones reimprimadas en los siglos XVI y XVII (la dirigida al Arzobispo de Sevilla Alonso Manrique que las distintas ediciones numeran de modo diferente) estaba dedicada a precisar, con acierto, la probable localización de la ciudad y resumir su final, subrayando más que cualquier sentimiento patriótico, los extremos espeluznantes a que llegaron los numantinos para no rendirse. Puede verse en *Epistolario español* I. Biblioteca de Autores Españoles, XIII, pp. 77-80.

¹² OCAMPO, F. DE / MORALES, A. DE: VIII; Mariana, *Historia General de España*, Biblioteca de Autores Españoles, XXX; III, 1, pp. 59-71.

También había sido reiteradamente tema de obras dramáticas; de ellas *El cerco de Numancia* cervantino en general mantiene, como Mariana o los romanceristas, un tono más bien neutro sin especial ponderación patriótica del hecho, pero sí incluye una precisa glorificación de España. La nación, en efecto, entra en escena al final de la jornada primera simbolizada por un castillo y almenas, doliéndose de su condición de “*esclava de naciones extranjeras*” como consecuencia de la desunión entre los españoles, quienes “*con sus discordias convidaron los bárbaros pechos codiciosos*”.¹³ A sus lamentaciones responde el Duero profetizando su gloria futura (“*¡Qué envidia, qué temor, España amada, / te tendrán mil naciones extranjeras / en quien tú reñirás tu aguda espada / y tenderás triunfando tus banderas!*”)¹⁴ No es fácil determinar cuál pudo ser el conocimiento y la huella de esta obra en la construcción de la autoimagen de la élite culta española, si es que alguna dejó; los primeros biógrafos del autor la mencionan simplemente, y Quintana lo hace con desdén hacia su valor literario¹⁵. Por otro lado, su impresión fue tardía, no habiéndola hasta 1784 (lo que, por otra parte, pudo contribuir a su mayor conocimiento en fechas próximas a la ocupación francesa) De más influencia a este respecto pudieron ser las dos comedias de Rojas Zorrilla, *Numancia cercada* y *Numancia destruida*, que aunque escritas hacia 1630 parece que figuraban en los repertorios teatrales del siglo siguiente y se hallan recogidas en el *Índice* de Medel del Castillo y por García de la Huerta,¹⁶ pero sobre todo la *Numancia destruida* de Ignacio López de Ayala, estrenada en 1778 y varias veces impresa,¹⁷ y que, dada la posición de su autor en el mundo intelectual como académico de la Historia y catedrático de los Estudios de San Isidro, sin duda fue conocida entre el público culto. Con independencia de otras cuestiones que no son aquí del caso, en estos dos últimos autores se hallan ideas e imágenes correspondientes a supuestos de un

¹³ CERVANTES, M. DE: “*El cerco de Numancia*”, en *Obras Completas*, edición de BALBUENA PRAT, A. Madrid, Aguilar, 1946; p. 166b.

¹⁴ *Ibidem*; p. 168b.

¹⁵ Mayans se limita a aludir a ella junto a otras producciones dramáticas cervantinas (MAYANS Y SISCAR, G.: *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, edición de Antonio Mestre, Madrid, Espasa-Calpe, 1972; p.14) Para Quintana, la pieza, junto a *El Tratado de Argel*, “*dadas a luz en nuestros días, bien merecían todas el olvido en que desde luego quedaron sepultadas*”, Manuel José Quintana, “Cervantes”, en *Obras*, Biblioteca de Autores Españoles, XIX; p. 90. El texto data de 1797, una docena de años después de la impresión moderna de la comedia.

¹⁶ GARCÍA DE LA HUERTA, V.: *Theatro Español*, Madrid, Imprenta Real, 1785; p. 132. MACCURLY, R.: «Estudio preliminar». *Numancia cercada y Numancia destruida*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1977, p. XIII.

¹⁷ Madrid: PANTALEÓN AZNAR, 1775; Madrid: QUIROGA, 1791; Madrid: ROMÁN, B. 1793. Este y otros datos en la introducción de SEBOLD, Russell P. a su edición de *Numancia destruida* de Ignacio López de Ayala. Salamanca: Anaya, 1971. Pudo haber otra edición por las mismas fechas, Ramón Ruíz, ¿1792? La obra, pues, tuvo amplia difusión.

nacionalismo étnico muy acusado,¹⁸ dando a los hechos una sola interpretación posible y especialmente oportuna si se evocaban en la coyuntura de la guerra contra la ocupación napoleónica: el pasado aleccionaba al futuro sobre el precio en sangre y abnegación de la libertad y la dignidad nacionales.¹⁹ Lo resumía bien una estrofa de López de Ayala que invocaba la «*sangre fértil / que activa excita a generosos hechos / a la futura España; sangre libre, / que reprehenda el torpe cautiverio / de esta ciega nación...*».²⁰ Ya entablada la guerra, junto a las obras escénicas antes citadas, diferentes autores usaron el mismo motivo en composiciones de carácter patriótico. Por ejemplo, el Alberto Lista que antes de sumarse al bando josefino todavía cantaba a la victoria de Castaños en Bailén, escribió una oda “A las ruinas de Sagunto” como “*ejemplo al mundo de constancia ibera*”.²¹ También Martínez de la Rosa concurre a un concurso patriótico de poesías con un poema dedicado al asedio de Zaragoza en el que asoció expresamente a aquella ciudad con las dos antiguas iberas: “*Allá sobre los cielos esplendentes / el nombre escrito está de Zaragoza / y el de Numancia allí, y el de Sagunto*”.²²

Lo que versos como aquellos transmitían vino a repetirse en el discurso político. Las ciudades arrasadas, aniquiladas por los franceses revivían, daban con su destrucción nueva vida al valor y la inmolación de otros hijos de la nación remotos en el tiempo. Saguntos y Numancias perecían otra vez para que no pereciera España. «Todo, hasta nuestras mismas vidas deben sacrificarse cuando no se pue-

¹⁸ Por citar algún ejemplo. En la *Numancia destruida* de Rojas se oían cosas como: «que no son hombres estos españoles / sino del esfuerzo y del ardor crisoles» (vv. 984-86, p. 172 ed. cit.), y se presentaba todo el episodio como «un hecho ilustre, una invencible hazaña, / inmortal honra de la madre España» (vv. 2223-24, p. 220), para concluir profetizando (como en *El cerco de Numancia*) que la España sometida por Roma «vendrá a ser tal que sujete / con su valor otro mundo / a quien de piadosas leyes. / A su espada vencedora no habrá tirano o rebelde / que no se humille rendido / que no se postre obediente» (vv. 2341-46, p. 224). También desarrollando un asunto sugerido por Cervantes en su comedia, López de Ayala plantea una tesis expresa (la desunión engendra la ruina común: «acusa al cielo / las discordias de España. / Ingrata madre / que vuelves tu furor contra tu seno», vv. 1887-90, p. 147, ed. cit.; «provincias desunidas [...] hermanas, enemigas de Numancia, / de vuestra división ved los excesos», vv. 1895-96, p. 147), e incluye ideas que no podían por menos que inspirar a los diputados de Cádiz: «En aqueste recinto, en este suelo / habita la nación, aquí domina» (vv. 1022-23, p. 109); «los soldados, / que han muerto en esta guerra defendiendo / la libertad de España» (vv. 1224-26, p. 117).

¹⁹ La inmediata función propagandística y movilizadora de Numancia como símbolo se aprecia, por ejemplo, en una información del *Redactor General* de Cádiz, según la cual el gobernador francés de Valladolid había encarcelado al empresario y actores de una compañía que puso en escena una *Numancia destruida por sus propios hijos* a finales de 1811. Da cuenta de ello Ana M^a Freire, «Teatro político durante la guerra de la Independencia»; 876. La probabilidad de que el asunto no fuese exactamente así y se utilizase por el periódico para atizar el sentimiento antifrancés no afecta al sentido que cobraba al referirlo. El que la gacetilla hablase de *la antigua comedia* sugiere que quizá no se tratase de la obra de López de Ayala sino de la de Rojas Zorrilla o una adaptación de ella.

²⁰ *Numancia destruida*, ed. cit., vv. 1801-1805, p. 144.

²¹ LISTA, A.: *Poesías*, Madrid, León Amarita, 1822; 54.

²² MARTÍNEZ DE LA ROSA, F.: *Zaragoza*, Londres, Imprenta de Y. Bensley, 1811; 24.

de lograr de otro modo la libertad e independencia de la nación», proclamaba el diputado Burrull.²³ No siempre se leería exactamente así; por ejemplo, Manresa, saqueada e incendiada por los franceses el 30 de marzo de 1811, al notificarlo a las Cortes lo hizo con paralelos de la historia romana más genéricos. El jefe militar que lo ordena es otro Nerón ante la ciudad en llamas, y «como Roma la destrucción de Cartago celebrará Francia la destrucción de esta ciudad». Pero el sentido nacional con el que su junta resume lo sucedido es el mismo: los manresanos han sufrido «para defender la causa de la Nación. [...] Han quedado miserables pero no abatidos».²⁴ La junta de Molina de Aragón, también quemada por los franceses en noviembre de 1810, recurrió en cambio explícitamente a los precedentes de la Hispania antigua, jurando en su comunicación a las Cortes «imitar los gloriosos ejemplos de Numancia y Sagunto antes que reconocer otro dueño, sujetarse a las leyes del usurpador».²⁵ La independencia nacional, y los valores de honra y dignidad que su defensa exigía, se preservaban en último extremo en la destrucción y aun autodestrucción por el fuego que devorando lo material mantiene los principios que la nación requiere y que le son propios. El diputado Añer lo expresó de manera diáfana: «*Todo es preciso consumirlo en la hoguera de la independencia, que podamos decir a la posteridad 'todo se sacrificó para conservar el honor, la independencia y la gloria nacional'*».²⁶ La propia Junta Central en uno de sus manifiestos cuando, en noviembre de 1809, más crítica se hizo la situación para la resistencia, presentaba la destrucción como única alternativa digna a la victoria haciendo de España: “*un inmenso desierto, un vasto sepulcro, donde amontonados cadáveres franceses y españoles, ostenten a los siglos venideros nuestra gloria y su escarmiento*”. Se llegó incluso a votar en las Cortes que se sometiese a consejo de guerra a los generales o jefes que rindiesen las fortalezas bajo su mando sin haber llevado la defensa hasta el último término. Para un cronista del momento tales extremos podían fácilmente entroncar con el pasado que habían restablecido las circunstancias,²⁷ eslabonándose así en un continuo en que el temperamento nativo y las exigencias del honor nacional se hacían intemporales. Pocas voces, casi ninguna, se apartaron de ese mandato histórico de autoinmolación, o por

²³ DSC; 1133, 27 de mayo de 1811.

²⁴ DSC; 1028, 7 de mayo de 1811.

²⁵ *Ibidem*, 285, 2 de enero de 1811.

²⁶ *Ibidem*, 1455, 9 de julio de 1811.

²⁷ “*Acostumbrados los españoles a ver renovados en nuestros días los prodigios que cuenta la historia de Numancia y de Sagunto (...) han establecido por principio que en la guerra que hace una nación magnánima para sostener su independencia, no basta defender las plazas en regla, es necesario sostenerlas hasta el último extremo, a fuerza de constancia y heroísmo*”. Anónimo *Historia de la revolución de España, o sea rápida ojeada sobre los principales sucesos de Península desde principios de 1807 hasta agosto de 1812 y pérdida de los franceses en ella*, Salamanca, VALLEGERA, J. C. 1813; 36. hay varias ediciones de este texto, traducción de un original francés.

mejor decir, de proclamarlo. La excepción significativa estuvo en algunos afrancesados dentro de su argumentación exculpatoria cuya idea central era la inutilidad de la resistencia a un poder militar y político, el de Napoleón, que se presentaba como irresistible. Uno de los más descollantes de ellos, Reinoso, proclamaría expresamente la irracionalidad del numantinismo, de la resistencia a ultranza con sacrificio de todo en aras de esos bienes inmateriales que Añer enumeraba. Para él, en cambio, aquél era un “*lenguaje atroz*” pertinente a una “*gloria estúpida*” y motivado por una inexcusable confusión entre las razones por las que las antiguas ciudades ibéricas no se rindieron a enemigos de los que no podían esperar cuartel ni otro trato que el que sus habitantes decidieron darse a sí mismos, pero no propio de los tiempos que corrían, estando, por consiguiente, fuera de lugar “*las acciones bárbaras que lo poetas y romancistas llamaron heroicas*”.²⁸

El significado de Sagunto era en principio idéntico al de Numancia, y con frecuencia las fuentes y los autores asociaban ambas ciudades en sus relatos y evocaciones. También la plaza edetana había estado en los romances y en los escenarios de teatro no mucho antes de que la invasión francesa remozase su valor simbólico. En efecto, en 1787 Gaspar Zavala y Zamora había estrenado *Sagunto destruida*, que aunque no muy representada no debió de pasar inadvertida siendo de un autor con tanto éxito de público. La Sagunto de Zavala y Zamora no era más que una de las comedias heroicas y de asedios, con gran despliegue de artificios y tramoyas, que tanto gustaban a los espectadores y tanto desesperaban a puristas o neoclasicistas como Moratín quien las ridiculizó junto a sus autores en *La Comedia Nueva*. Por tanto, lo que Zavala pone en escena son más que nada situaciones aparatosas y efectos vistosos con murallas que se derrumban y otros recursos de escenografía. Nada, prácticamente, se halla en el texto²⁹ que suponga un mensaje patriótico directo, por eso, resulta tan reveladora esa comedia respecto a lo que la resistencia de Sagunto vino a significar después de 1808 y en el contexto de la guerra como símbolo nacional de independencia, al modo en que se leyó entonces aquel suceso histórico y se seguiría interpretando en adelante.

En este orden de cosas, Sagunto tenía un carácter específico y planteó a las Cortes una situación especial porque no era sólo un *monumento de la memoria* sino un monumento material. A diferencia de Numancia, de localización incierta entonces³⁰, el teatro de Sagunto era un resto arquitectónico bien conocido de

²⁸ REINOSO, F. J.: *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*, Auch, Imprenta de la viuda DuPont, 1816; 45.

²⁹ Hay edición moderna de RODRÍGUEZ CUADROS, E. Sagunto: Navarro impresores, 1996, en cuyo estudio introductorio se halla información sobre otros tratamientos del episodio en autores anteriores.

³⁰ Aunque su localización en las inmediaciones de Soria era lo suficientemente segura como para que el jefe político llamara a sus administrados “*posteridad Numantina*”, *El patriota de Soria*, 11 de octubre de 1813.

siempre y del que no faltaban descripciones y reproducciones gráficas manejadas por los eruditos. No se trataba, desde luego, de vestigios de la ciudad que resistió a los cartagineses al comienzo de la Segunda Guerra Púnica sino de la reconstruida por Roma, y el teatro y algunas de las otras ruinas visibles databan de varios siglos después, entre el I y el III d.C. Pero ni las dataciones estaban por entonces claras ni la monumentalidad arquitectónica eclipsaba la grandeza de la gesta, sino al contrario. Durante todo el siglo XVIII los restos de Sagunto fueron objeto de amplia atención por anticuarios españoles y extranjeros,³¹ y con ello se hicieron más conocidos y apreciados creciendo el interés por su preservación. Expresión de ello fue la actividad de un abogado y regidor de Murviedro (topónimo con el que se conoció el municipio entre la Edad Media y el siglo XIX), Enrique Palos y Navarro, quien llevó a cabo trabajos de restauración (o que él supuso tales), organizó alguna representación en el teatro y escribió una memoria descriptiva. Tras haber actuado de guía durante una visita de Carlos IV consiguió ser nombrado conservador o «celador» de las antigüedades de Murviedro.³² En la memoria de que fue autor ponderaba el interés de conservar el monumento, habilitando recursos para ello, por motivos que podrían considerarse patrióticos: «*su duración interesa mucho a nuestra España, porque ella sola puede gloriarse de que posee un edificio de tanto aprecio*», un edificio «*que es la gloria de España*».³³ Y con ese interés y esgrimiendo su título de conservador de Sagunto se dirigió a las Cortes en 1811 solicitando que se impidiese a los ingenieros militares que fortificaban el castillo de Murviedro demoler el teatro como pretendían para mejor proteger la fortaleza. En la discusión parlamentaria originada, además de lo necesario o no de la demolición, se abundó sobre otra vertiente del sentimiento nacional, el relativo al reconocimiento por otros del propio mérito y valer, el asunto del prestigio menoscabado injustamente por la opinión de otras naciones, algo que tan recurrente había sido en el XVIII y tan reciente estaba con el artículo de Masson de Morvilliers. Destruir los restos supondría hacer buena la acusación de incultura, de incuria, de ignorancia que se echaba sobre España, y el interés nacional exigía

³¹ LEÓN GÓMEZ, A.: *Imágenes arqueológicas de la España ilustrada. El teatro romano de Sagunto en el siglo XVIII*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2006, *passim*.

³² Una designación sin atribuciones ni facultades muy definidas, pero que el interesado trató de hacer valer, y también hacer rentable, con dedicatorias-memorales a Godoy y a la Academia de la Historia. Aunque entusiasta, no era hombre especialmente competente (suponía, por ejemplo, que el teatro era griego) y el académico José Ortiz y Sanz fue inclemente con él en la polémica que sostuvieron: «pobrete de solemnidad que no ha visto más que las ruinas de Sagunto, y sólo por corteza», le llamó, además de «el más necio pedante que haya jamás existido», atribuyéndole «ineptitud más que pueril». Reproducido en León Gómez, p. 122. Menos ofensivo fue Humboldt, visitante del lugar, describiéndole como «un hombre totalmente corriente y sin erudición» [«ein ganz gemeiner Mensch und ohne Gelehrsamkeit»] HUMBOLDT, W.: *Gesammelte Schriften*. Berlin: B. Behr. XV, 1918, p. 277. El interés del personaje viene dado por su condición de intelectual elaborador o transmisor de símbolos con sentido nacional.

³³ Citado por LEÓN GÓMEZ, p. 111.

desmentirlo preservando aquellas ruinas por su valor universal y no únicamente por su condición de restos de un pasado heroico nacional. «Seremos tenidos por unos bárbaros entre todas las naciones cultas si se consiente que se quite de este hermoso monumento una sola piedra».³⁴ Por ello, para no pasar por incivilizada, la nación tenía que dar, impidiendo la demolición, “[...] un público testimonio de cuán libre está de la nota de bárbara, que vana y temerariamente le han atribuido varios extranjeros, y que no mira con indiferencia [...] la destrucción de las más nobles memorias de la antigüedad”.³⁵ Aunque en una variante que no es la del heroísmo edificante y modélico, sino el de la preservación de un patrimonio que, por ser propio, cobra carácter de ingrediente de la identidad nacional, la preocupación por la custodia de aquellos vestigios atestigua también la nueva sensibilidad patriótica que con la guerra se iba desarrollando. La propia manera de considerar el motivo mismo de las ruinas es muy indicativo. Porque no se las contempla desde el punto de vista abstracto y universalista propio del arraigado tópico barroco del *ubi sunt* y de la caducidad de las obras humanas, ni del tan extendido prerromántico o romántico de la *emoción sublime* y la melancolía que pueden suscitar, sino como una muestra de la grandeza nacional.

La afinidad o identificación entre los asedios a las ciudades ibéricas en la Antigüedad³⁶ y los sufridos por plazas españolas en la Guerra de la Independencia, especialmente Zaragoza, no fue algo circunstancial y se convirtió en tópico estable y con circulación no solo en España. Nada más concluido el conflicto, uno de los jefes del ejército francés que tomó la capital aragonesa arrancó su relación de aquellos acontecimientos evocando precisamente los episodios de Numancia y Sagunto.³⁷ La alusión a aquellas ciudades hablando del sitio de Zaragoza no falta en los más influyentes historiadores españoles de la guerra y pertenecientes a la generación que la vivió; Muñoz Maldonado, aunque para justificar la temeridad de los zaragozanos tomó como referencia a los espartanos de las Termópilas³⁸, no

³⁴ DCS; 1134, 27 de mayo de 1811. También Argüelles: «Cargaremos con la nota de bárbaros».

³⁵ *Idem*, 1133.

³⁶ O más bien a sólo aquellas dos porque, inexplicablemente, dado que el episodio se incluye en la mayor parte de las fuentes de las que procede la información sobre la guerra de Numancia, nunca se recordó el caso de Astapa (Estepa), que sucumbió de modo igual, con destrucción de sus tesoros y muerte de los habitantes por propia mano, antes de ser tomada por los romanos al final de la Segunda Guerra Púnica. GARCÍA Y BELLIDO, A. *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967; 83-85, y “Astapa, Numantia y Calagurris. Tres casos asombrosos de resistencia”, *Clavileño*, 25, enero-febrero 1954; 32-36.

³⁷ BARÓN [Jospeh] ROGNAT: *Relation des sièges de Saragossa et de Tortose*, 1814. He manejado la edición de LANDEYRA RODRÍGUEZ, F. y GALIAY, E.: “Versión y crítica de la Relación del sitio de Zaragoza del Tte. General barón de Rogniat, jefe del Servicio de Ingenieros del ejército sitiador”, Zaragoza, Mariano Escar, 1908.

³⁸ MUÑOZ MALDONADO, J.: *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte*, Madrid, Palacios, J. 1833; I, p. 376.

dejó de proclamar su heroísmo “comparable al de Numancia y Sagunto” y aun superior pues “eclipsó las glorias de Numancia y Sagunto”.³⁹ Es decir, el presente habría sobrepujado al pasado, opinión que también se había sostenido en Cádiz⁴⁰. Por iguales fechas el conde de Toreno, buen conocedor de los clásicos, arrancó el capítulo dedicado a Zaragoza en su *Historia* citando el fragmento con el que Floro abre su relación de la guerra numantina [*Epítome*, I, XXXIII, 18; la localización del pasaje que da Toreno es imprecisa] para equiparar el crédito militar de los defensores de ambas ciudades.⁴¹ En esa general simbiosis entre el significado de lo que se admitía como ocurrido en la Antigüedad y lo que había tenido lugar a comienzos del siglo XIX había, no obstante, una diferencia difícil de pasar por alto, y a la que se ha hecho referencia antes. Zaragoza o Gerona habían resistido tenazmente al ejército napoleónico, habían sufrido grandes estragos, las pérdidas humanas habían sido muy cuantiosas, habían padecido hambre y epidemias y habían mantenido su resistencia más allá de toda esperanza razonable de victoria, como antaño Sagunto y Numancia. Pero a diferencia de estas ciudades finalmente habían capitulado sin destruirse ni sus habitantes se habían dado muerte en masa para no caer en manos del vencedor, brindando con ello la prueba suprema de valor y de amor a la independencia. Es decir, no se había llegado a los extremos que habían valido a Sagunto y Numancia la admiración sobrecogida que fue la esencia de su fama y se consideraban propios del carácter español y en ese sentido intemporales. En otras palabras, podría pensarse que, aun con todo su sacrificio y bravura, Zaragoza y Gerona no habían estado a la altura de los modelos que resultarían, por ello, algo excepcional e irrepetible. No importa que en realidad, según las fuentes más fiables, ni la ciudad tomada por Aníbal ni la que se rindió a Escipión hubiesen sido totalmente destruidas por sus habitantes ni que estos no se hubiesen matado todos para no rendirse; muchos saguntinos lo hicieron (para Livio, XXI, 14, “*en su mayoría*” [*plerique*]) y también una parte de los ya muy diezmados numantinos, pero en ambas hubo supervivientes, extenuados y famélicos, reducidos al estado sobrecogedor con que los describe Apiano (VI, 98) pero vivos. Ni tampoco fue total la destrucción, y lo que en ambos casos se aniquiló fue cuanto por su valor pudiese ser parte del botín que los sitiadores se prometían. Fueron historiadores de la Antigüedad tardía quienes fabularon sobre la total devastación de las plazas por sus defensores, no por sus ocupantes, así como sobre el suicidio colectivo general, ofreciendo un relato menos exacto pero más dramático. (Por ejemplo, Orosio, *Historia*, V, 7) Pero así es como se

³⁹ *Ibidem*; II, pp. 138 y 193.

⁴⁰ Para un diputado «el 4 de agosto en Zaragoza y el 2 de mayo en Madrid, creo que oscurecerán las glorias de Sagunto y Numancia». DSC; 1573, 28 de julio, 1811.

⁴¹ CONDE DE TORENO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* [1836] Biblioteca de Autores Españoles, LXIV, p. 109.

había transmitido y, por ello, lo ocurrido en Gerona y Zaragoza podía resultar menos grandioso y edificante. Quizá un grado menos en la escala de abnegación patriótica.

Pero no necesariamente habría de verse así; para ciertos observadores serían, por el contrario, más prodigiosas las defensas efectuadas durante la Guerra de la Independencia que las del mundo antiguo, pues, argüían, a comienzos del siglo XIX los recursos bélicos y las técnicas poliorcéticas, dando ventaja a los sitiadores, hacían más fácilmente expugnables las fortalezas,⁴² de modo que el valor y la tenacidad de los contemporáneos, resistiendo tanto tiempo a un ejército superior en todos los aspectos, resultaban, por ello, más de admirar. En cuanto a la rendición, si zaragozanos o gerundenses no llegaron a la autoinmolación colectiva que tanta fama dio a numantinos y saguntinos sería igualmente por los cambios que el paso del tiempo traía: a diferencia de lo esperable entre “*las naciones salvajes [que] temen menos la muerte porque aprecian menos la vida*”, y que conforme a las prácticas bélicas de su época no podían esperar suerte distinta a la que por sí mismos se dieron, el progreso de la civilización habría atemperado las cosas de forma que “*las costumbres modernas no sufren tal exceso de barbarie*”; es decir, era el estar a la altura de los tiempos lo que explicaba lo distinto del comportamiento final en unos casos y otros. Pero, sobre todo, las ideas religiosas vigentes y tan distintas a las creencias precristianas de la España antigua suponían un patrón de conducta bien diferente, aplacando las pasiones e inspirando sentimientos humanitarios para modular la desesperación o el delirio que, más que un exceso de valor, habían determinado en el fondo la conducta de los defensores de Sagunto y de Numancia. El final capitulado de quienes se habían defendido ante los franceses era el propio de la civilización y el cristianismo sin implicar merma en el valor ni en la entereza y sin resultar menos admirable. El asunto no admitía discusión: en iguales circunstancias, con las mismas creencias religiosas vigentes antes que rendición en Gerona y Zaragoza hubiese habido también muerte colectiva, porque “*en los pechos de los españoles modernos se conserva intacto el animoso corazón de los antiguos*”.⁴³ Los tiempos cambiaban pero los impulsos del alma nacional y sus exigencias eran los mismos ante Aníbal, Escipión o Napoleón. O ante cualquier otro enemigo invasor: cuando en la primavera de 1823 comenzaron a entrar en España las tropas francesas aprestadas por los acuerdos del congreso de Verona la prensa liberal apeló, junto a Pelayo, Daoíz y Velarde, naturalmente, a “*el patrio brío [que] redujera Numancia a cenizas*”.⁴⁴

⁴² *Minerva española o Redactor general*, nº 19, 6 de noviembre de 1817; p. 147.

⁴³ *Ibidem*; p. 148.

⁴⁴ “Al dos de mayo. Oda”, *Diario constitucional, político y mercantil de Barcelona*, 2 de mayo de 1823.

La lección que enseñaban Sagunto y Numancia, Zaragoza y Gerona para la determinación identitaria nacional resultó especialmente poderosa y sugestiva porque atestiguaba una continuidad secular que desde el más remoto pasado hacía de la defensa a ultranza de la independencia un rasgo constante en la conducta de los españoles. Aquellas ciudades eran a la vez testimonio y ejemplo y nada tiene de sorprendente que el sentimiento nacional desarrollado con ocasión de la Guerra de la Independencia diese a las viejas ciudades ibéricas una dimensión más amplia que la que habían tenido hasta entonces casi exclusivamente como motivo literario o asunto historiográfico menor, dimensión que se continuaría y ampliaría en el futuro. No es un caso único en los nacionalismos modernos. Pocos capítulos de la historia antigua habrá más conocidos que el dominio de la Galia por César. Generaciones y generaciones de lectores de sus comentarios sobre aquellas campañas, la *Bellum Gallicum*, vieron en los hechos (además del enojoso instrumento para aprendizaje del latín que ha sido para millones de escolares durante siglos), una manifestación sobresaliente de los resultados de la audacia, del talento político y de la sagacidad militar. Pero en el siglo XIX algunos de sus principales episodios y personajes adquirieron en Francia un sentido en lo sustancial nuevo y que se hizo predominante. Aquella guerra fue interpretada especialmente como producto del amor de los galos a la independencia y prueba de su carácter heroico. Naturalmente se daba por sentado que aquellos galos no eran nada más que franceses con otro nombre. Aunque ya en el siglo anterior los teóricos del parlamentarismo y la monarquía limitada habían ido trenzando la historia de un genuino espíritu francés abatido por la dominación romana, sus depositarios habían sido más bien los francos, en contraste con los galorromanos o galos latinizados. Ya durante la Restauración las raíces de la grandeza nacional se situaron decididamente en la Francia prerromana y precristiana. Para ello tuvo especial importancia la obra del menor de los Thierry, Amédée, con su *Historia de los galos* aparecida en 1828 y varias veces reeditada en años posteriores. En las primeras páginas del libro se hace ya una expresa identificación entre franceses y galos⁴⁵, y la obra en sí constituye una celebración de su resistencia a César como guerra nacional⁴⁶. Su cumbre son los hechos del año 52 a.C., la fase de la contienda protagonizada por Vercingetorix y la batalla de Alésia⁴⁷. Aquel combate entre los galos encerrados en la ciudad y los romanos que la sitiaron fue, además de una sangrienta exhibición de valor por ambas partes, un brillante ejemplo de la po-

⁴⁵ Estos fueron pueblos “*de una familia que es la nuestra*”, “*una raza de la que descendemos diecinueve de cada veinte de nosotros*”. THIERRY, A.: *Histoire des Galois, depuis les temps les plus reculés jusqu’à la domination romaine*, París, Sautetlet, 1828; I, ii.

⁴⁶ “*Todo cuanto el amor a la patria y a la libertad engendraron alguna vez de heroico y de extraordinario se halla allí*”. *Ibidem*; I, viii.

⁴⁷ El sitio de Alésia, *idem*; III, 175-201. César, *Bellum Galicum*, lo refiere en el libro VII.

liorcética romana que permitió a César una victoria definitiva, pese a su posición menos ventajosa, y la captura del jefe galo. Aunque la resistencia de los galos fue esforzada y denodada, el episodio no tiene demasiado paralelo con lo ocurrido en Numancia: el sitio duró poco más de un mes y los sitiados se rindieron cuando, aunque inútil, la resistencia era posible, entregándose a los romanos y sin destruir la ciudad. Es cierto que los galos incendiaron bastantes de sus ciudades, pero fue como parte de su táctica de tierra quemada para obstaculizar el avituallamiento del enemigo, no como final de un asedio, y en varios casos los habitantes se opusieron a su destrucción voluntaria⁴⁸. La semejanza más estrecha, se halla, pues, en que tanto con Numancia como con Alésia una derrota registrada en época prerromana se convertiría en símbolo de la independencia nacional y en página sobresaliente de la historia.

Aunque compitiendo, o en concurso, con otros símbolos y personajes de tan señalado sentido nacional como Juana de Arco, Vercingetorix y Alésia tuvieron protagonismo especial durante los años del Segundo Imperio. En efecto, durante los decenios de 1850 y 1860 se discutió apasionadamente, en revistas y folletos, sobre el emplazamiento de la ciudad. Al caudillo derrotado se dedicaron poemas, dramas, composiciones musicales y, naturalmente, estudios históricos en número significativo, en casi todos los cuales se asociaba su lucha con la vindicación de la independencia. Uno de aquellos autores, por ejemplo, ponía en boca de los galos reunidos para el combate expresiones como “*es preferible morir con las armas en la mano a no reconquistar la antigua gloria de la nación y la independencia que nos legaron nuestros antepasados*”, interpretando la que libraban como “*una guerra en la que se trata de la salvación de la patria y de su independencia*”⁴⁹. Iguales ideas y expresiones se hallan en el drama histórico de Délerot, cuyo protagonista Cetill, en la escena culminante, reclama reiteradamente al vencedor, César, la independencia (“*Si tanto quieres a la Galia, dale la independencia*”⁵⁰) Bajo la Tercera República se mantendría la misma asociación⁵¹, pero la promoción de Alésia como *lugar de la memoria* nacional fue obra del

⁴⁸ *Ibidem*, III; 116-17.

⁴⁹ GIRARD, M.: *Historie de Vercingétorix, roi des Arvernes*, Clermont Ferrand, Thibaud, 1863; 12, 20.

⁵⁰ DÉLEROT, E.: *Vercingétorix, scenes historiques*, Paris, Hachette, 1864; 154. La grandilocuencia patriótica, la exaltación belicosa de la preponderancia nacional, es continua en la pieza: “*Nuestra patria, esta madre sagrada, antaño respetada en el universo, cayó gimiente bajo el peso de sus cadenas sangrantes*”; “*juramos sobre las enseñas sagradas de la patria que la Galia será libre o moriremos*”; “*no dejaremos la espada más que el día en que la Galia sea reconocida por Roma como igual, y pregonada por todos los pueblos del mundo como una gran nación*”. *Idem*; 3, 26, 27.

⁵¹ No he podido ver dos libros de muy expresivo título publicados en los primeros años del régimen republicano: MONNIER, F.: *Vercingétorix et l'indépendance gauloise. Religion et institutions celtiques*, Paris 1874, y CORRÉARD, F.: *Vercingétorix ou la chute de l'indépendance gaulois*, Paris, 1884; ambos se reeditaron varias veces en el decenio de 1880.

régimen imperial y, en gran medida, interés personal de Napoleón III. Él fue quien auspició las prospecciones y excavaciones en torno a Alise-Sainte-Reine, como localización de la vieja ciudad, y en 1865 sufragó personalmente el monumento que se emplazó allí: una estatua colosal de un Vercingetorix idealizado cuyo rostro se inspiró en el del emperador mismo, sobre una enorme peana construida por Viollet-le-Duc, la gran autoridad en antigüedades medievales y reconstrucciones. En ella se grabó una inscripción donde, además de testimoniar la intervención del emperador en la erección del monumento, se transcribía un pasaje de la *Guerra de las Galias* que había servido de inspiración por ejemplo a Délerot y donde una supuesta arenga de Vercingetorix proclamaba la imbatibilidad de una Galia/Francia unida⁵².

En España, Numancia, en mayor medida que Sagunto, conoció también, aproximadamente por las mismas fechas, un proceso de revalidación como símbolo nacional. Una muestra de ello fue el que cuando el gobierno de la Unión Liberal de O'Donnell en su política de modernización de la Armada decidió dotarla del primer buque con blindaje, y uno de los primeros del mundo, botado en 1863, se decidiese bautizarle con el nombre de la vieja ciudad celtíbera, pasando a ser ese durante más de medio siglo uno de los navíos principales de la escuadra española⁵³. No se desarrolló, sin embargo, un programa de detección arqueológica y exaltación monumental análogo al de Francia en torno a Alésia. La localización de la ciudad por las fuentes literarias en las inmediaciones de Soria, si bien imprecisa, era suficientemente sabida. El polifacético Eduardo Saavedra, ejerciendo allí su profesión de ingeniero hacia 1862 prospeccionó, entre otros lugares de interés arqueológico, en busca del emplazamiento de la ciudad en el cerro de Garray, y aunque sus hallazgos correspondieron a construcciones romanas posteriores, hubo acuerdo general en que era aquel el sitio como mantenía la tradición local. Por ello, no sería del todo exacta la pretensión de Schulten, en cualquier caso el primer arqueólogo en trabajar sistemáticamente en Numancia y durante mucho tiempo primera autoridad sobre la cuestión, de haber sido él quien descubriera en 1902 la situación de la ciudad celtibérica⁵⁴. La conmemoración monumental, por su parte, fue sobria y tardía, y partió de una suficiente certeza sobre dónde estuvo la plaza. Un primer intento, a comienzos del decenio de 1840 por parte de la So-

⁵² La leyenda reza: “*La Galia unida, formando una sola nación, animada de un mismo espíritu, puede desafiar al universo*”. El pasaje original es un poco más elaborado: “*Nam quae ab reliquis Gallis civitates dissentirent, has sua diligentia adiuncturum atque unum consilium totius Galliae effecturum, cuius consensui ne orbis quidem terrarum possit obsistere*”. *Bellum Gallicum*, VII, 29 (6)

⁵³ Hubo también un buque llamado “Sagunto”, un vapor botado en 1875 y perteneciente a una naviera comercial, la Compañía Valencia de Navegación.

⁵⁴ SCHULTEN, A.: “Mes fouilles a Numance et autour de Numance”, *Bulletin Hispanique*, XV, 4; 1913; 365-383.

ciudad Económica de Soria, llamada precisamente “La Numantina”⁵⁵, de erigir un monumento a los defensores de la ciudad en el cerro de Garray se abandonó por falta de recursos apenas empezadas las obras. Muchos años después, ya entrada la Restauración, el proceso se hizo mucho más intenso a partir de la declaración de las ruinas como monumento nacional. Fue iniciativa de la Comisión provincial de monumentos que, acogida por el gobierno de Cánovas y previos los preceptivos informes de la Academia de la Historia y de la de Bellas Artes, culminó con ese reconocimiento junto a los monasterios de San Juan del Duero y Santa María de Huerta en 1882⁵⁶. Tras esa protección oficial, en principio más formal que efectiva, al abandonar Soria en 1886 el regimiento *San Marcial*, que había estado allí de guarnición largo tiempo, se levantó por iniciativa de sus oficiales un pequeño monolito en uno de los bordes del perímetro de las ruinas. Casi dos decenios más tarde, en agosto de 1904, se inauguraría un monumento de mayor empaque, un obelisco sobre pedestal, con lápidas de mármol en cada una de sus caras, en una de las cuales se rotulan los nombres de los caudillos numantinos más citados por las fuentes. La ceremonia fue lo suficientemente señalada como para que la presidiera Alfonso XIII y coincidió con el comienzo de una de las campañas de Schulten, que excavaba con fondos alemanes. No obstante, detrás de la erección del monumento, sufragándolo e impulsándolo, estuvo un mecenas local, Ramón Benito Aceña, propietario y político moderado que venía siendo diputado o senador por Soria desde la legislatura de 1878. Él interesó al monarca, él consiguió que se presupuestasen partidas para la conservación de las ruinas, y él financió la construcción del museo numantino⁵⁷. Es decir, la intervención del Estado fue secundaria y complementaria a la iniciativa local.

Paralela a la conmemoración monumental de Numancia, y también de forma análoga al tratamiento de Alésia en la Francia del Segundo Imperio y primeros años republicanos, hubo otra plástica. Al establecerse a mediados de siglo las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, uno de los temas constantes en el certamen de pintura fue “Los últimos días de Numancia”. No necesariamente habría que ver en ello muestra de un programa nacionalizador, porque ya, al menos en

⁵⁵ La Sociedad soriana se fundó en 1777; no he podido precisar en qué momento tomó su sobrenombre, que usaba ya al reactivarse en 1841. *El Numantino*, 15 de junio de 1841. En el mismo número de ese periódico que patrocinó la Sociedad Económica se halla el núcleo de la idea de erigir algún recuerdo conmemorativo, señalando el autor de un romance allí publicado que, “...ni un monumento, // ni una lápida sencilla // de la ciudad memorable // los altos lauros indica”; *El Numantino*, 1, 15 de junio de 1841; 23-24.

⁵⁶ En su informe, de 22 de Diciembre de 1881, decía la Academia de la Historia, “la memoria de la heroica Numancia recibiría agravio si se tratase de probar que deben mantenerse en pie sus veneradas ruinas”. *Gaceta de Madrid*, 29 de agosto de 1882. La de San Fernando, en cambio, no hizo en el suyo mención alguna a la ciudad.

⁵⁷ Hay una necrología de Aceña por Ramón Mélida primer director del museo y primer arqueólogo español que trabajó con criterios modernos en Numancia, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 70, enero, 1917; 92-93.

1802, la Academia de San Fernando propuso como uno de los temas del concurso general la destrucción de Numancia, seguramente más por la forma en que podía tratar el asunto la sensibilidad hacia *lo sublime* de la estética prerromántica, que por cualquier significado patriótico. Esa es la impresión que se desprende del cuadro de Juan Antonio de Ribera “*La destrucción de Numancia*”. Algo de ese carácter centrado en la búsqueda de la conmoción psicológica más que en el cultivo de la emoción patriótica perduraría, bien que después de 1808 el asunto tuviera dimensiones diferentes. Como quiera que sea, al menos en dos ocasiones cuadros cuyo tema fue Numancia obtuvieron medalla en aquellos certámenes. El primero en el de 1858, obra de Ramón Martí Alsina, un pintor que al final de su carrera produciría una serie sobre batallas o episodios sobresalientes de la Guerra de la Independencia, como el sitio de Gerona. Su *Numancia* es un amplio friso, casi tumultuario, de personajes en diferentes actitudes de autoinmolación donde el abigarramiento y el estudio anatómico de escorzos y posturas centra la atención del observador. El segundo fue de otro artista habitual de aquellos certámenes, Alejo Vera, autor de “*Los últimos días de Numancia*”, premiado en la convocatoria de 1881. Vera trabajó el cuadro el año anterior en Roma, y es difícil sustraerse a la presunción de que eligiera el tema sabiendo que estaba en tramitación el procedimiento para declarar las ruinas de la ciudad destruida patrimonio nacional. Su cuadro muestra la entrada de los romanos en la ciudad, o más bien cómo en los umbrales de las puertas contemplan a los últimos habitantes quitándose la vida. Al margen de sus méritos pictóricos, el cuadro de Vera, incontables veces reproducido en textos escolares y otros semejantes, fijaría una imagen muy difundida para figurar aquella peripecia de la conquista de Hispania como uno de los pilares de la identidad nacional española⁵⁸. Muy similar fue el tratamiento de la destrucción de Sagunto por los cultivadores de la pintura de historia, siendo la más celebrada representación, junto a otras menos aceptadas de 1853 o 1878, la de Francisco Domingo Marqués, “*El último día de Sagunto*”, fechada en 1869⁵⁹.

Como ejemplo y compendio de valores identitarios cifrados en la resistencia al extranjero, el sacrificio y el valor, quizá nada tenga entre los nacionalismos modernos tantas analogías con Sagunto y Numancia como Masada para el nacionalismo israelí de mediados del siglo XX. También la fortaleza de Masada fue asediada y tomada por los romanos en el curso de la campaña que, para reducir las resisten-

⁵⁸ DÍEZ, J. L. (ed.): *La pintura de historia del siglo XIX en España*. Catálogo de la exposición. Madrid, Consorcio Madrid capital europea de la cultura, 1992; 330-335. MORENO DE MINGO, N.: “La exaltación de la identidad nacional: Numancia a través de los cuadros de historia del siglo XIX”, *Estudios del Patrimonio Cultural*, 9, 2011; 10-13. *Catálogo de la exposición general de Bellas Artes de 1881*, Madrid, Imprenta de Tello, 1881; 130-131.

⁵⁹ QUESADA SANZ, F.: “En torno al *Último día de Sagunto* de Francisco Domingo Marqués y el *Mosaico de Alejandro*”, *Anuario de Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 7-8, 1995-1996; 223-228.

cias finales a la conclusión de la primera guerra judaica, condujo el pretor Flavio Silva el 73 d.C. Prácticamente la única fuente literaria de aquel episodio es Flavio Josefo (*Bello Iudaico*, VII, 8 y 9), según el cual casi un millar de sicarios huidos de Jerusalén, con mujeres y niños, se hicieron fuertes en aquella fortaleza del desierto, casi inexpugnable, donde sufrieron un largo asedio y al no poder seguir resistiéndolo se dieron muerte todos menos una anciana y unos cuantos niños. El relato de Josefo no incluye ninguna referencia que puede tenerse por específicamente etno-patriótica, y, por el contrario, aclara que los sitiados dan muerte a sus familias y se la dan a sí mismos solo para no acabar esclavizados a manos de sus enemigos, y no tanto en aras de un ideal de independencia. También la evidencia arqueológica moderna ha puesto en entredicho aspectos centrales de la narrativa convencional sobre aquel episodio, pues no ha revelado pruebas ni de un asedio largo, de varios años, ni de una matanza en masa, de cerca de mil personas, de forma que probablemente se trató de uno más de los varios casos de asedio ocurridos durante aquella guerra.

Masada cobró, sin embargo, un especial relieve como símbolo nacional ya entrado el siglo XX y antes de la formación del estado de Israel,⁶⁰ desde el decenio de 1920 y particularmente en los años de la Segunda Guerra mundial. Desde entonces la evocación de la resistencia de la fortaleza dos milenios antes tuvo un eficaz valor funcional para un nacionalismo israelí que no se redujese solo a los referentes religiosos; entre otras cosas, Masada podía simbolizar la voluntad de arraigo en la tierra y su defensa por pocos acosados por muchos que les rodean y estrechan. Por ello, sería un lugar de especial significado para el Tzahal como expresión y fuente de emociones o entusiasmos patrióticos vinculados al mundo castrense, aunque también, si bien de modo paulatinamente atenuado con el paso del tiempo, para otros sectores civiles de la población.

En ambos casos, en el siglo XX israelí y en los primeros años del siglo XIX español, el pasado entraba en relación con el presente por medio de la paráfrasis adecuada, con la cual se le aplicaban significados nuevos, y si no estrictamente nuevos, sí realzados y decantados para su inclusión en la simbología nacional. Cobraban así valor como capítulos primordiales en la narración del devenir de la nación, proezas excepcionales que inmortalizaban no solo a quienes las ejecutaron sino a la nación por la que se inmolaron, con una grandeza sin parangón posible.⁶¹ También como expresión de identidad colectiva y como testimonio de uno de los

⁶⁰ SCHWARTZ, B., ZARUBAEL, Y. y BARNETT, J.B.M.: "The recovery of Masada: a Study in Collective Memory", *The Sociological Quarterly*, 127 (2), 1986; 147-164; PAINE R., "Masada: A history of a Memory", *History and Anthropology*, 6 (4) 1994; 371-409; BEN-YEHUDA, N.: *The Masada myth: Collective memory and mythmaking in Israel*, University of Wisconsin Press, 1995.

⁶¹ "Si España no contara tantas glorias, bastaría a haber tenido a Numancia". LAFUENTE, M.: *Historia General de España*, Madrid, Establecimiento tipográfico Mellado, 1850; I, 464.

rasgos esenciales de esa identidad colectiva: la irreductible voluntad de conservarla por encima de todo y haciendo para ello lo que otros no harían, destruirse antes que someterse, porque dejar de ser independientes sería dejar de ser.